

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
 DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR



AÑO III
 N° 130
 Agosto 23 de 1896
PRECIOS-SUSCRICION
 MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

| | |
|------------|---------|
| Un mes | \$ 1.00 |
| Seis meses | 5.00 |
| Un año | 9.00 |

EXTERIOR
 Los mismos precios en moneda equiva.
 lente, con el aumento del franco.
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

TIPOS POPULARES

EL COMPADRIZO



W. M. ...

Ah hij'una!... No digo nada porque basta la parada pa decir que la flor soy de los que quedan aún hoy de puro corte y quebrada!

De milico fui tajista y pa no perder la pista trabajé después por mí; perdi, me echaron, volví... ¡Válgame el cuerpo y la vista!

Por un poco, casi nada, la Presidencia anhelada con la derrota me arruina, ¡pero á mí! ¡Vermú con quina! ¡Le hice á tiempo la cuerpiada!

Y ahora tengo una porrada de pesos, muy bien guardada y pa no quedar sin vela, me hicieron maestro de Escuela. ¡Lo que vale la parada!

Y ya siempre dentro en lista y me alabo la conquista de un sueldito permanente pa que me entretenga el diente... ¡Válgame el cuerpo y la vista!

No hay nadie que me denigre, y, aunque mi nombre peligre, al mirarme, en vez de León, con muchísima razón todos me dicen: ¡Ah tigre!

SUMARIO

TEXTO—«Café», (respuesta á Jackson Veyán)—«Moussiónica»—«Una obra municipal»—«Teatros»—«Los colegas de don Juan»—«Los de los pelos»—«¡Tableaub!» por Narciso Alonso Cortés—«El retrato de hoy. Don Francisco Bauzá»—«Mitología fin de siglo» por Miguel de Palacio—«Epigrama» por J. Solís—«Pensión municipal»—«Recuerdos de otros tiempos»—«Arte y artistas»—«Azahares... en fruto»—«Correspondencia particular».

GRABADOS—«Tipos populares. El compadrito»—«En visperas de la fiesta», por Wimplaine II—«Galería uruguaya. Don Francisco Bauzá»—«Artes y artistas», y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.



(Respuesta á Jackson Veyán, que hago por el puro gusto de dedicarla á don Ricardo Estevan)

Te declaro Veyán que tu entusiasta himno al café me hizo sonreír al leerlo; tú no sabes, ¡bien se vé! del café, más que beberlo.

Bendices «la gloria santa del que logró dicha tanta! Fijar su planta atrevida sobre aquella nueva planta. detrás del mar escondida!...»

Para plantas atrevidas, vieras las aquí nacidas y por nosotros calzadas, que se ganan á patadas las elecciones perdidas.

—«Y bien,—tú dirás—¿y qué? Doy por supuesto el esceso, pero de mi dicho el peso...»
Calla, tonto, es que el café acá sirve para eso.

Dices que el entendimiento aviva allá, y exaltado gritas: ¡«Qué descubrimiento! sin café más de un talento no se hubiera despertado.»

Eso será allá, inocente, pero entre estas nuestra gente se ríen todos del talento.

En política aquí un ente vale más que genios ciento.

Déjate de inspiraciones que aquí no vale un camino todo eso; es otra misión la del café: abrir camino para la diputación.

Y esto es cosa natural y con calma lo tomamos, lo tomas tú á bien ó mal; sabe pues el café empleamos cual sistema electoral.

Y aunque esto te cause enojos, debo decirte y diré que, sin que evoque sonrojos, brotan hoy ha como abrojos actas sucias de café.

Y hay quien sin mayor razón que explique tal solución (casos de misterio llenos) por un café más ó menos se ha ganado la prisión.

Dirás que este es un gran lío, que son del líquido abusos.... Mas te advierto Veyán mío, que aquí para tales usos empleamos el café frío.

¿Qué es, pues, el café humeante que á voz en grito pregonas. en himno glorificante junto al café *electorante* que empleamos en estas zonas?

¿Sería aquel capaz, di el café que empleas allí, de elegirte diputado? Si lo hubieras preguntado se ríe Estevan de tí.

Pues ya ves lo que ha llegado á valer por estas tierras el café, así empleado en las comiciales guerras convenientemente enfriado.

¿Quieres aún más? Pues ya sé modo de darte un mal rato: ¿á que no sabes á qué huelo por acá el café? ¿No aciertas? Pues huele... á gato!

MOUSSIONICA



El muy ocurrente y cáustico D. Florencio Madero nos ha descubierto en *La Razón* (entre paréntesis gran propagandista del Sr. Moussiön desde

que llegó) cosas muy curiosas sobre el decorado de los rostros á que se dedica el hombre que arregla por fuera, tantas cabezas de Montevideo, que por dentro, como diría Perez Galdós, sólo Dios pudiera arreglarlas.

Es el caso que, según él, andan por ahí muchas damas que sin duda consideran que el Señor se equivocó al hacerles la fisonomía, y que convencido de su error ha enviado á Mr. Moussiön á que las arregle.

Y de ahí que, señora que tenía una cara como una sartén, salga del taller de pinturas con ella convertida en una cacerola vidriada.

En lo que no convenimos con el ocurrente crítico, es en eso de que los maridos padezcan con tan malas artes.

Por el contrario; si eso con el tiempo, va á lograr que todo el mundo se olvide del divorcio! Porque el esposo que esté cansado de la cara de su consorte, manda la consorte al peinador á que le ponga otra cara, y ya la tiene como nueva.

Por lo que toca á las damas, las ventajas que este nuevo método de confección de bellezas les trae, son innegables; porque alguna á quien Dios había dado por rostro un zarpuellido con narices, puede convertirlo cuando guste en una bola de billar con orejas, por lo terso y suave.

Es claro; tenía que sobrevenir esta evolución; había muchas personas que no estaban contentas con su cara, y no era justo que se viesen obligadas á llevarla á todas partes; por lo menos en el teatro hay que mostrarse con un rostro presentable y decente, lo que hacía necesario que cada cual pudiera fabricarse una faz á su gusto, ó al de los consumidores.

Ahora, pues, las damas pueden ya elegir rostros entre todos los más hermosos de otros tiempos; y unas pedirán que se lo dejen igual al de Cleopatra, y otras como el de Isabel de Baviera, y muchas optarán por el de Juana la loca, que dicen que era muy hermosa y amante. además de loca.

Mientras tanto los hombres tendrán que recurrir á medios enérgicos para remediarse, y el novio, una vez pedida la aporcelanada mano de su adorado tormento dirá á la mamá.

—Muy bien; ahora, señora, va usted á hacerme el favor de traerme el cepillo-rasqueta y un poco de potasa.

—¿Qué va usted á hacer caballero? dirá ella.
—A lavar á mi prometida señora, para ver su verdadera cara. Como usted comprende, yo adquiero el objeto legítimo y...

Eso sí, se me figura que los arranques amorosos y las caricias ardientes: han de estrellarse feamente en el luciente estuche del rostro amado.

Y la amante dirá:

—Ay, por Dios; que desgano me besas hoy, Leoncio!

—Pero hija, que quieres—dirá él—si cuando te beso me parece que quier una soperla!

En fin; que hasta los modismos van á variarse por fuerza.

Ya no podrá, fiel siendo á la razón, decirse á Filomena, Sara ó Lola que para cosa tal *se pinta sola*, porque ella ha de pintarse con Moussiön.

UNA OBRA MUNICIPAL



(¡AL FIN UNA!)

El señor don César Diaz, director de obras Municipales, hizo expulsar del teatro un morenillo, considerándolo sin duda una obra municipal muy imperfecta, porque la cosa no tiene otra aplicación tratándose de un director de Obras Municipales.

El caso es que el morenillo, que había pagado su entrada, tuvo que salir para no molestar al señor edil que estaba nervioso porque, dice, le hacía acordar de cuando se disfrazaba de *negro labolo*.

Pero la voz más corriente atribuye el hecho á la circunstancia de no llevar frac el expulsado more-

no. Sin duda no consideró el Sr. Díaz que si el tal lleva frac, le expulsa la concurrencia.

Otros aseguran que la expulsión tuvo por causa el color subido del sujeto.

Pues si así resultara ser, me figuro que no las tendrán todas consigo D. Santos Arribio y *Monsieur*.

Yo lo atribuyo á enemistades viejas; se trataba del señor Díaz y de un moreno, lo bastante oscuro, lector, y

de ahí que sin hacer derroches de ingenio, deducieras, que siempre han sido los *Días* enemigos de las *noches*.

TEATROS



REPERTORIO CÓMICO LA FUERZA DEL DESTINO

¡Lohengrin!

Ya ustedes se esperan una disertación eruditísima sobre la música del porvenir, las teorías wagnerianas, el *liet motif*, etc., etc.

Pues no señor.

Tan sólo diré que «Lohengrin» me gusta y básteles esto. Encuentro hermosísimo el *crescendo* que acompaña la llegada del bello y casto caballero de Monte Salvato; delicado el adiós al poético cisne; muy lindo el despertar del burgo, la alborada alemana llena del frescor cosquilleante de la madrugada; muy pesado el *duo*; agradable la marcha nupcial; encantadora la relación de Lohengrin y demasiado complaciente la luna con Elsa y su balcón; lo demás, excepción hecha de algún trozo olvidado, no lo conozco todavía porque esta música del gran Wagner es como las mujeres turcas, que sólo se presentan con velo.

De Marchi hizo un Lohengrin ideal. Don Ricardo (así le llamo yo familiarmente á Wagner) de fijo no se lo forjó mejor. Bellísimo, dorado el rostro fino, fresco y sereno por la rubia barbilla juvenil; un tanto extático, como ser que viene de otros mundos de luz; fuerte sin violencia al derribar á Telramondo (verdad es que el *libreto* obliga á éste á caer quieros que no) y enamorado sin sensualidad en sus coloquios con la hermosa Elsa de Brabante que, de paso, me parece un poco idiota en el primer acto.

De Marchi es un artista, pero no me gusta su voz; el adiós del primer acto, bien cantado por otra parte, necesita un timbre de dulzura y serenidad celestiales, que no oí esa noche.

No obstante, me agradó la interpretación dada á Lohengrin, y lo aplaudí.

La señora Darclée cantó irrepresiblemente; esto dicho, no hay para qué agregar más.

Ercolani creó un hermoso rey germano; un verdadero Gambrinus filarmónico.

La Guerrini muy mefistofélica y con voluntad hasta para abusar de las *poses*; hubo mucha *parada* allí; porque miren ustedes que el final del 2.º acto, en que sostuvo cinco minutos la postura más convencional del mundo, el dedo enhiesto, la cabeza arrogante, inmóvil toda ella como estatua, á cualquiera haciar acordar de los cuadros vivos del antiguo Politeama.

Cámara como siempre, sin pero.

El desdichado cisne más desnucado que nunca. Los coros terribles.

Quedamos en que hablaríamos de «Sansón y Dalila». Hablemos.

El primer acto me parece con música de oratorio; un tanto monótona y poco enérgica aun el las situaciones fuertes. Tamagno cantó con bravura digna de él la invocación, y Di Grazia murió resignadamente.

El tercer acto es admirable. Tanto el *duo* de amor como la tempestad instrumental me hicieron rugir de gusto. La Guerrini derrochó seducciones y descote como para enloquecer á todo el paraíso apasionado.

En el cuarto acto ha empleado Saint Saëns con sobriedad de muy buen gusto los acentos dolorosos que encontró para Sansón humillado, y la danza que degenera en bacanal está admirablemente descrita en toda su transición por la orquesta, que dirigió Mascheroni con inolvidable energía.

La escena final, por último, es de efecto, y los filisteos mueren sin resistirse á la autoridad contundente de la arquitectura venida á menos.

Los héroes en «La fuerza del destino» fueron la pistola y Cámara.

La pistola no sólo porque se burló del público disparando no ya su tiro á tiempo, sino otro anticipado; un verdadero derroche pirotécnico.

Y Cámara porque cantó notablemente su parte sosteniéndose sin decaimientos en toda la ópera, sin duda para demostrar más *forza* que la mismísima del destino.

La parte de don Alvaro no es para Tamagno; tuvo momentos felices y aun grandes, como él sabe siempre tenerlos, pero no pudo sostenerse en todos los matices que exige la partitura.

La señora Gini digna de respeto y de benevolencia por sus circunstancias, mientras le llega la esperada mejoría.

Y aquí de «La Traviata».

No esperábamos de la señora Darclée una *Traviata* extraordinaria, ni nos preparamos á abrir la caja de los asombros ahorrados después de la Patti y la Svicher.

Así es que no nos sorprendió encontrarnos tan solo con una muy correctísima interpretación, ayudada por delicados y artísticos recursos escénicos que aplaudimos con gusto porque no es común verlos en actrices líricas.

Hubo una carcajada en el primer acto notable y una pasión en el *duo* del segundo, que á cualquiera hace soñar con Violetas para su uso privado.

Sin disputa fué el primer acto el mejor de todos, y el *duo* de éste también agradó con razón, pues fué cantado con mucho arte y delicadeza.

Los amigos de la distinguida artista le habian preparado una apoteosis y la cosa no tuvo más defecto que pasarse un tanto de la admiración á la adulonería.

Es de lamentarse porque la señora Darclée se merecía más, sino por *Traviata*, por las demás, por su encantadora Mimí, por su ardiente Manon, por su triste Aida.

Me habian dicho que *La Dolores* dada en Cibils por la compañía Orejón habia sido un fracaso; no lo creí; me lo repetieron; me fui á Cibils el miércoles, y me resultó una buena *Dolores*.

Quizá un poco de cansancio, muy natural; quizás algo de desidia; tal vez un agrandamiento de los méritos en la memoria á que no respondió el oído en la repetición; puede ser que la comparación con los ecos de Solís, hicieran desmerecer la hermosa ópera de Bretón en las primeras funciones.

La que me tocó á mí fué muy buena.

Verdad es que con algunas cuerdas más en la orquesta y cuatro bandurrias más en la banda, hubiera salido la cosa mejor, pero, aún sin banda interior, la cosa resulta barata, y no hay casi derecho á exigir más.

Lo que habria que exigir, sería que la dirección no pudiese en práctica tan peregrinas ideas, como la de hacer cantar la parte de Rodolfo en *El Anillo de Hierro* por un baritono, cuando ¡caramba! aquello hasta los perros del conserje del teatro saben que fué hecho para tener.

Estas sí, que son bromas pesadas, demonio.

Pero al fin, yo habia de concluir esta crónica son alguna broma, y no me viene mal la de Orejón.

Los colegas de don Juan

La *Tribuna Popular* publica un *Habiso Judicial*, obra de un teniente alcalde, que es una verdadera crápula de la *desortografización* (el *Habiso*).

El dicho *Habiso* es cosa de animales; dos *Bacunos terneros* perdidos en el mes de Mallo, (esto es fuerte, pero, dada la estación, peor hubiera sido si hu-

biera puesto el mes de mallas) perdidos en el mes de Mallo y que el teniente alcalde tiene en su poder.

A propósito de lo cual dice el colega:

«Es de figurarse cómo estarán los pobres animales en poder de este otro... Teniente alcalde.»

Que es señalar mal zeh?

Tanto más tratándose de un gremio tan respetable y tan temible.

Esto sobre todo.

Y no es por hablar en balde; que el gremio se alza y engorda. El señor Idiarte Borda fué también teniente alcalde!

Y todavía lo parece á veces. Lo que es la aprensión!

LOS DE LOS PELOS



Los peluqueros se han resuelto á echar una cana al aire el 26, después de echar al suelo tantas canas y pelos no canos de los clientes; que á cada uno le llega su San Martín.

Festejan ese día la advocación de su Santo patrono con un gran banquete en el Establecimiento Balneario.

Se espera que concurren hasta 500 peluqueros sino hacen muchos *la pelada*, que es como llamaban antes los muchachos á *la rabona*.

Claro es que aquello ha de resultar superior, porque, aunque el cocinero haga de las suyas, á fe que no ha de asustarles á ellos encontrar pelos en la sopa, pongo por caso.

Y de ahí que no se enojarán, ni habrá disputas, si es que no se empeña algún peluquero en *echar pelos en la leche*, como se dice vulgarmente.

Por lo pronto, y aunque la cosa no es probable, por el hecho de ser peluqueros es de desearles que no vayan á quedar afeitados y sin visita, ó sin banquete, para el caso.

En cuyo caso favorable es de esperar que la gente comerá bien; y aún cuando cometieran excesos de gula serian en ellos muy disculpables, pues es natural que quienes se pasan todo el año con la *bacia*, lleven *llena* la panza alguna vez.

Donde habrán de moderarse será en la bebida, que por ser asunto peliagudo tiene sus peligros, pues

aunque son hombres sesudos y los creemos caballeros, están, por ser peluqueros, espuestos á los *peludos*.

¡TABLEAU!

—Pues sí, don Roque excelente,

—¡Don Modesto, qué sorpresa!

¡Tras larga ausencia regresa á su patria nuevamente!

—Si, señor; aunque he vivido así un día y otro día,

ya la nostalgia sentía por este país querido.

Desde un Estado remoto regresé.—¡Bien, don Modesto!

EN VIGILANCIA LA FIESTA



Juan— Pues se prepara la fiesta de la que han de gozar tantos, coloquemos ya los santos que al fin, bastante nos cuesta.

Federico— Mientras éste yo coloco tené Angelito las velas á ver si con él te cueles; que no lo han de adorar poco.

Juan— Alfredo, con devoción las luces encendé pronto, que no has de caer de tonto porque habrá liquidación. Yo en San Rodríguez confío...

Federico— Yo en San Muñoz tengo fe...

Los demás— Oh santos! recordad que ayudamos al avío!

GALERÍA URUGUAYA



DON FRANCISCO BAUZÁ

¿Y cómo encuentra usted esto?
 —Ni una diferencia noto.
 Que no han pasado se piensa
 ni dos días... Mas no tanto,
 que he sufrido un desencanto,
 una decepción inmensa.
 —¿De veras? ¿Y cómo es eso?
 —Verá usted: á mi partida
 juré mi novia querida
 serme fiel hasta el regreso.
 Muy llorosa y contristada
 juró esperarme soltera;
 regreso ¡y quién lo dijera!
 me la encuentro ya casada.
 Yo por ella estaba ciego
 y labró mi desventura.
 Conque usted ya se figura
 si sufriré.—Desde luego;
 tiene usted grave motivo
 para sufrir.—¡Si, don Roque!
 —Pero tal vez se equivoque.
 —No, señor, es positivo.
 Iba yo muy de mañana
 por solitario paseo,
 cuando de pronto la veo
 del brazo de un hombre, ufana.
 Indicarle á usted qué asuntos
 trataban, no necesito,
 pero hablaban muy bajito
 marchando juntos, muy juntos.
 Creo que ante indicios tales
 no era, don Roque, dudoso
 que aquel hombre era el esposo...
 á juzgar por las señas.
 —Todo á demostrarnos viene
 que dió su novia tal paso.
 ¿Y yo la conozco acaso?
 —Puede ser.—¿Qué señas tiene?
 —Es una joven bonita,
 de grandes ojos, morena,
 graciosa, estatura buena.
 Se llama Pilar Mezquita.
 —¡Gran Dios!
 —¿Eh? ¿Qué le ha ocurrido,
 don Roque?—Pues... poca cosa
 ¡que esa joven es mi esposa
 y que *aquel* no era el marido.

NARCISO ALONSO CORTÉS.

GALERIA URUGUAYA



EL RETRATO DE HOY

DON FRANCISCO BAUZÁ

Lo conozco hace ya mucho tiempo, siempre con su cuerpo juvenil, con su mismo modo de andar inseguro, cual si temiera oprimir algo bajo el pie, con la misma voz, con la misma calmosidad al hablar.
 Es uno de esos hombres destinados á ser siempre jóvenes, casi niños, sin edad, respetados, acariciados por el tiempo, para ellos lleno de benevolencias de abuelo.

Aquella cara trigueña de rasgos finos, á que las cejas dieron siempre una expresión un tanto afligida, aquella boca perezosa oculta por el peinado bigote, negro, todo ese rostro conocido que yo veía de chico en la tertulia del Dr. Visca, entre los bigotazos de caporal de don Justiniano Salvañach y los ojillos encapotados de D. Antonio Lusich, es el mismo, es la misma cara fina, bonita y aftigada del honorable Senador de hoy, conservada como en un molde invariable, modelado para las caras de los buenos mozos de treinta años.

Así va hoy en nuestra galería, representante en ella de la Historia Nacional á que ha dedicado gran atención, escrupuloso trabajo y mucho tiempo pellizcado á sus tareas políticas.

«La dominación española en el Uruguay», es su obra; y ella le da el primer lugar, que sería el único en esta esfera de producción intelectual, á no existir el viejo narrador de las tradiciones patrias, don Isidoro De María.

Don Francisco Bauzá une á su suficiencia y autoridad en materia histórica, la cualidad de ser un orador notable.

Su voz, perezosa, casi cansada en la conversación comun, cobra brillantez y energía en la tribuna, encontrando acentos llenos de esa sonoridad que siempre halla eco en los oyentes.

El acento, siempre cargándose para dar al período cierta *caída* de canto criollo, no sería de lo más correcto y apropiado á la alta elocuencia, sieo fuera tan poderosamente simpático.

Una susceptibilidad excesiva, casi enfermiza lo hace difícil en la discusión, pero su benevolencia leal de buen demócrata le hace cariñoso en el trato familiar.

Tal es el hombre, esbozado en cuatro trozos nerviosos; la obra nos ha acompañado á muchos en los quince días terribles de fin de curso y tiene, entre otros mil, este título á nuestro aprecio.

Mitología fin de siglo

EL SEÑOR MARTE

I

En una casa de mediana apariencia, situada en una de las calles más extraviadas de la Tracia, todo era júbilo y alegría.

Grandes voces y frescas carcajadas salían por los estrechos huecos de aquella modesta mansión.
 ¿Qué ocurría en la Tracia de por sí tan tranquila y sosegada, para turbar de este modo el reposo de sus habitantes?

Muy sencillo: dos vecinos muy queridos de toda la población se habían unido en indisoluble lazo.

El apuesto Júpiter y la hermosa doncella Juno celebraban sus bodas con gran pompa, es decir, con la pompa que el sueldo de Júpiter y los ahorros de la que ya era su señora, les permitían.

El día pasó sin acontecimiento alguno digno de mención y así pasaron también meses y meses.

Al año justo de tan celebrado día, dió Juno á luz un robusto chico, al cual pusieron en la pila el nombre de Marte.



Juno se encontraba por aquel entonces bastante delicada y no pudo criar al chico, con hartío sentimiento de su corazón, y Júpiter decidió ponerle en ama.

No se sabe, pues esto no lo cuentan las tradiciones, si Marte heredó el genio de su madre, que era terrible, según confesión de las criadas de la casa que ninguna paraba arriba de una semana, ó lo heredó del ama que lo había criado, el caso es que el chico cuando contaba cinco ó seis años, era una

fiera, y no había muchacho en el barrio que no estuviese señalado por las manos de Marte.

En vano Júpiter trató de corregir á su hijo, que conforme iba creciendo era cada vez más travieso y ni había maestros que le sujetasen ni niñera que con él parase en casa.

Ya aburridos los padres, le mandaron á un Seminario, pero ¡que si quieres! el adolescente se escapó una noche y volvió á su pueblo y armó una asonada, que aún los honrados tracianos se acuerdan de ella.

II

En una de las casas contiguas á la en que vivían Júpiter y Juno, habitaba una preciosa joven llamada Atenea, á la cual requebró de amores Marte, y habiéndole aquella regalado sendas calabazas, el novio, ofendido, se declaró enemigo irreconciliable de aquella deidad.

Marte despechado se enamoró de una chica del barrio y tuvo con ella tres hijos llamados Cignos, Ilegias y Dionedes, los cuales en una *guerrilla* que tuvieron con otros mozos del pueblo, capitaneados por Hércules y Atenea, fueron vencidos y murieron á causa de los chichones que les hicieron.

Marte quiso vengar, como era natural á sus hijos y fué vencido por un chicarrón del pueblo vecino que se llamaba Aloides, el cual encerró á Marte en una mazmorra, hasta que lo libró un amigo suyo, llamado Mercurio, que era cartero y comisionista del comercio de todos aquellos contornos.

Cuentan los historiadores de aquella época, que cuando Marte salió de su prisión se encontró de manos á boca con una mujer preciosa que se llamaba Venus y que estaba casada con un tal Vulcano, honrado ciudadano y maestro herrero.

Marte y Venus se vieron y se enamoraron, y aprovechando la ausencia de Vulcano que había ido á un pueblo vecino para servir de testigo en un juicio oral, comenzaron aquellas relaciones ilícitas.

¡Qué ratos más felices pasaban los enamorados! La fruta del cercado ageno, cuán hermosa le parecía á Marte!

Pero Helios, un amigo íntimo de Vulcano, su compañero de mus en el café de «Las Gracias», sorprendió aquellos amores, y sin andarse por las ramas, se lo dijo todo al marido, y aquí fué Troya.

Vulcano indignado piensa en su venganza inmediata; pero recapacita y se pasa trece meses construyendo en su fragua una malla de hierro, á modo de tela de araña, la cual coloca á los pies de su casta esposa.

Y sucedió lo que tenía que suceder.

Un día, es decir, una noche, Venus y Marte cayeron en el garlito y todos los amigos de Vulcano, citados por éste, entraron en la habitación y en medio de la chacota correspondiente, se burlaron de los adúlteros.

¡Vulcano quedó satisfecho!
 ¡Buena pasta la de Vulcano!

III

Logró Marte escapar con bien de aquella aventura y se dedicó á pelear con todo bicho viviente, sembrando la desolación y la ruina por donde quiera que fué.

En una de sus campañas y cuando ya todo el mundo le denominaba el Dios de la guerra, conoció á Aglauros, linda joven, con la que contrajo matrimonio.

De esta unión nació Alquippe, hermosa doncella, que fué seducida por un bizarro militar llamado Halirrhorios, que fué sorprendido y muerto por Marte.

¡Valientes familia y valientes costumbres las de aquella época!

Después Marte abrumado tal vez por sus delitos y por los mil disgustos que había llevado en su vida, desapareció, y en forma de sombra (según los historiadores), se le apareció de nuevo á los Romanos en la batalla librada entre los Brutianos y los Lucianenses, 282 años antes de Jesucristo.

¡Y va fecha!

Desde entonces se le declaró á Marte Dios inmortal y se convirtió en tutela de todos los ejércitos. Fué y sigue siendo el Dios de los soldados, el Dios de la guerra, el Dios de los gladiadores y... Aquí paz y después... guerra.

MIGUEL DE PALACIOS.

EPIGRAMA

Ser geógrafo profundo
 cierto crítico querría,
 más no sabe Geografía
 y habla mal de *todo el mundo*.

J. Solís.



Pensión nupcial

La cosa va para epidemia. No solo la gente ha dado en casarse en lotes, ahora, sino que los amigos se han dedicado a sebar á los novios en visperas de tomar éstos estado. De lo cual ha de resultar que muchos se casen en mal estado; los débiles de estómago, por ejemplo. Claro que la cosa es muy natural y loable; denota condiciones de sociabilidad dignos de estímulo. Pero es coincidencia curiosa eso de que la moda haya entrado con furia bajo el reinado de Don Juan. Cosas del ejemplo. Era natural; tanto ver comer al hombre, á cualquiera le dan ganas. Por lo que es nuestra opinion que si la Historia ha de designar á don Juan con algun apodo, como lo hizo Luis XIV á quien llamó *el Grande*, ó con Carlos II, al que designó *el Hechizado*, le llame en sus páginas de oro Juan *el Aperitivo*.



Recuerdos de otros tiempos

La conduje á mi alcoba, y sin testigos me puse á contemplarla; ¡la estoy viendo! Bonitos por demás, eran sus ojos tan hermosos cual es hermoso el cielo, blancas y sonrosadas sus mejillas y finas hebras de oro sus cabellos. La miré una y cien veces sin hastiarme;

empecé á desnudarla; del sombrero antes la despojé; tras de la falda enaguas y corse quitela luego, y á cada nueva prenda que caía mayor en desnudarla era mi empeño.

Ya desnuda del todo, entre mis brazos la estreché, y un millón la dí de besos... Con ella me acosté y acariciela hasta que fui vencida por el sueño.

Muecas he tenido, pero nunca tan linda cual aquella. ¡Pobre abuelo; le costó un dinerall...

Y doña Rita suspiró recordando aquellos tiempos de inocencia y candor, en que cifraba en las muecas todos sus deseos.

M. MARZAL Y MESTRE

Arte y artistas



—Pues señor; de aquí ya no se vé la roca.
—Ni á Subirá, siquiera.



Concurridísimo promete verse hoy el Hipódromo, si se tiene en cuenta la cantidad de palcos pedidos y lo bien combinado del programa. Componen éste cinco pruebas, todas ellas de verdadero interés; dos de las cuales clásicas. Es una de ellas, el Premio «Jockey Club», donde se volverán á encontrar Tina y Coquimbo, este último ganador del Premio Constitución, en soberbio estilo, en lo cual se basan muchos para creer que el Premio será otro triunfo para el pensionista de la Ecurie Agraciada. La otra es el Premio Invierno, donde se hallan inscriptos, entre otros, Montevideo, Gladiador, Florida, Tic Tac, Alaska y Saturno; las opiniones de algunos están del lado de Montevideo, pero dado

peso abrumador que llevará (64 kilos) no lo creemos. nuestro pronóstico es Saturno. En las otras pruebas, son nuestros pronósticos:

- 1.ª carrera—Milan—Miss Recamer.
- 2.ª idem—Lautaro.
- 3.ª idem—Tina—batatazo Triunfo.
- 4.ª idem—Saturno.
- 5.ª idem—Corsario.

ZAPICAN II.



DE MUCHÍSIMA ACTUALIDAD

Azahares... en fruto

Recibimos la semana pasada, pero ya tarde para agradecer el obsequio, una caja de naranjas en dulce, producto de la fábrica del señor Pedro M. Esteves.

El dulce, elaborado por el señor Mariano V. Carta, es delicioso, archi-delicioso; tanto, que un amigo pobre pero angurriento que lo probó, al encontrar las naranjas tan ricas, me decía:

—Pero ¿serán realmente naranjas de carne y hueso?



Correspondencia Particular

P. Pita—Montevideo—
Duda usted si es publicable y mi opinión solicita. Salga usted de dudas Pita; porque, amigo, es formidable.

Un fornaro—Id.—
Si no fuera malo, largo, pesado, que ni de encargo, poco nuevo ya hoy en día, incorrecto como tres y tan falto de interés, yo se lo publicaría.

X. Z.—Id.—
Crémelo usté X. Z., porque yo también lo creo: habrá nacido usted feo, mas no ha nacido poeta.

Guanaco—Melo—
Si suprime desde ya lo de «hipopótamo flaco», en el próximo, Guanaco quizá se publicará.

A. G.—Mercedes—
Que todo es muy cierto infiero, y que lo escribí volando. ¡Si el verso está lo gritando!... No vuelva á escribir ligero.

Miriam—Montevideo—
¡Caramba! Que ya pasó en blanco la otra semana... Que estoy de muy mala gana escribiendo alegre yo!

F. B.—Id.—
Pues digo! Es caso curioso! si usted en su vida lee, ¿qué diablos le importa á usté que yo sea ó no gracioso?